

Érase otra vez



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
de la Comunidad de Madrid



Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ana Rossetti, 2026

© De las ilustraciones, María Espejo

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-55-4

Depósito legal: M-13.708-2026

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Ana Rossetti

ÉRASE OTRA VEZ

Ilustraciones de María Espejo



Siruela

Las Tres Edades

Índice

Cindy, la que vive en la colina	13
Se busca princesa	71
El chico pez	121
La princesa encantadora	165
Una casa propia	203



A Jana, por tanto amor
ANA ROSSETTI

*A mi hijo Darío, con el que deseo celebrar este
primer libro que ilustro desde su nacimiento*
MARÍA ESPEJO

«Todo texto se construye como un mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto».

JULIA KRISTEVA

Cindy, la que vive en la colina





Hace ya muchos años, a las afueras de un pequeño pueblo, había una suave colina y, en ella, una preciosa casa rodeada por un huerto con frutales y un cuidado jardín. Allí se fueron a vivir una pareja de jóvenes pintores. Él pintaba cuadros; ella, sedas, linos y otras telas delicadas. El huerto con su corral les proporcionaba casi todo lo que comían, y como el trabajo que hacían lo hacían muy bien, siempre que iban a los mercadillos de los pueblos vecinos solían vender la mayoría de lo que llevaban. Cuando la venta había sido extraordinariamente buena, lo celebraban comprando en los puestos contiguos artículos especiales como miel de rosas, quesos artesanos, panes de nueces, velas perfumadas, varitas de sándalo o fresas y grosellas cuando era la estación.

Si hacía buen tiempo, organizaban una pequeña fiesta en el jardín para disfrutar de sus sabrosas compras, y si era invierno dentro de la casa, junto a la chimenea. Era delicioso, en las tar-

des de lluvia, amontonar cojines sobre la alfombra y contarse historias de fantasmas mientras parpadeaban las llamas y hervía el agua para el té.

En realidad, no hacía falta que hubiese una ocasión específica para improvisar una reunión. Con frecuencia venían artistas de los alrededores y traían alguna guitarra o una armónica para ofrecer un pequeño concierto o acompañar canciones conocidas; aunque la pareja no necesitaba de nada ni de nadie para divertirse porque ambos estaban muy a gusto juntos, les encantaba compartir estos ratos agradables de música y amistad; se querían, se llevaban muy bien y estaban rodeados de gente amable. Qué más podían pedirle a la vida, se preguntaban.

Hasta que, una radiante mañana de primavera, nació la pequeña Cindy. Entonces comprendieron que lo que habían llamado felicidad era solamente un destello de alegría.

Durante muchos años, les estuvo yendo estupendamente. Cindy iba creciendo sana, despierta y cariñosa. Parecía que no tenían nada que temer, hasta que un día, de pronto y sin aviso, murió la madre y la tristeza inundó la casa como una oleada oscura y silenciosa.

Se acabaron las fiestas. Se acabaron las reuniones en torno a la lumbre asando boniatos, mazorcas y castañas. Se acabaron los farolillos de colores bajo el emparrado del jardín y los chapuzones en la alberca. Ya no había música ni bailes ni risas. Las amistades que ahora iban muy de vez en cuando a la casa se sentían tan incómodas que procuraban no hacerse notar: hablaban poco y se iban enseguida. Las visitas se fueron espaciando hasta que dejaron de ir.

En cambio, a menudo acudían mujeres. Muchas. Bastantes. Venían de una en una, como por goteo, con pasteles recién horneados, empanadas crujientes o flanes temblorosos. Acari-

ciaban la cabeza de Cindy con los ojos húmedos mientras murmuraban: «Pobrecita huérfana», y acto seguido se metían en la cocina y preparaban café. Sin saber cómo, de pronto ya estaban con el delantal puesto, fregando cacharros, metiendo las escobas por debajo de las camas y ordenando los cajones de las cómodas. Ello disgustaba mucho a Cindy. Miraba a su padre, ansiosa, como preguntando: «¿Va a quedarse?», pero el padre la tranquilizaba con un guiño.

Efectivamente, el peligro nunca se hacía real: ninguna repitió la visita más de tres veces. Cindy, entonces, respiraba tranquila por un tiempo, hasta que una nueva aspirante subía por el sendero con la bandeja o el cesto de rigor. Ella, entonces, volvía a sentirse invadida por el pánico y corría a esconderse angustiada.

En el huerto crecía un frondoso árbol donde las migraciones de los pájaros venían a descansar. Junto a su tronco habían enterrado la urna con las cenizas de la madre para que los azules nomeolvides que punteaban la hierba la cubriesen y los gorjeos de los pájaros la arrullaran.

Entre el follaje del árbol había una cabaña de madera donde Cindy, desde que aprendió a trepar, tenía su refugio. Antes había sido un sitio mágico donde hacía brotar maravillosos reinos: hadas, duendes, sirenas, orquestas de cigarras, ciempiés bailarines y dragones tragafuegos se congregaban entre las ramas para merendar con ella manjares inventados; ahora, esa invisible compañía había desaparecido llevándose, con todos los encantamientos, la luz de sus hechizos. Ya las hojas machacadas no eran té de la China, ni los pétalos pasteles azucarados, ni las cortezas tacitas de oro y cristal; la casita del árbol había dejado al descubierto sus telarañas pegajosas y polvorientas y sus tablas manchadas de verdín. Pero seguía siendo su refugio secreto.

Cindy, cada vez que una mujer avanzaba por la colina con la intención de arreglarles la vida a su padre y a ella, subía a ocultarse entre la hojarasca. Acurrucada en la penumbra, hablaba con su madre y le confiaba sus temores. No lo hacía para consolarse; estaba convencida de que no podía esperar ningún consuelo; tal vez ni lo deseara.

Consolarse para ella era lo mismo que olvidar, mientras que pensar en su madre, por mucho que le doliese, era como tenerla cerca todavía. Eso le bastaba. Había encerrado su vida en el recuerdo de una madre que apenas conocía como una forma de retenerla consigo. Quizás en esa manera de proceder, aunque no se diera cuenta, hubiera también algo de reproche hacia su madre por haberla abandonado tan pronto.

Lo cierto es que se sentía muy desamparada.

El padre iba a menudo a la ciudad. Desde hacía algún tiempo había dejado los mercadillos de los pueblos y exponía sus pinturas en galerías cada vez más importantes. A medida que Cindy crecía, él se estaba convirtiendo en un artista reconocido. Sin embargo, el éxito significaba que sus ausencias eran más continuadas y se prolongaban cada vez más.

Cierto día, el padre llegó muy contento a la casa, abrazó muy fuerte a Cindy y le dijo que nunca más estaría sola:

—Desde ahora tendrás una madre y dos hermanas, cariño.

Cindy se desasíó de él, subió a la casa de madera y se echó a llorar. Este llanto no era silencioso, como de costumbre, sino que le arrancaba unos sollozos tan fuertes que hasta le lastimaban la garganta. Estaba herida, gravemente herida. Su padre las había traicionado, se había confabulado, a escondidas, con personas extrañas; había desertado del mundo que construyeron entre los tres con tanto amor; había arrancado su vida anterior de raíz y pretendía que Cindy hiciera lo mis-

mo: que olvidara a su madre, que la apartara, que la dejase sola en el mundo de antes como un mueble inservible en el desván.

Eso la aterrorizó. Tenía que impedirlo. Si no se amurallaba debidamente, sus defensas se desharían como terrones de azúcar y su reino sería invadido por esas desconocidas. Prometió enraizar sus recuerdos, atarlos con nudos poderosos para que nadie se los arrebatara, prometió ser siempre fiel al pasado y que nunca jamás perdonaría a su padre. Esas intrusas no la engatusarían, no la absorberían, no la llevarían a su terreno, no la obligarían a aceptarlas y no les permitiría que la aceptasen. Jamás serían ni su madre ni sus hermanas, sino unas impostoras; ella no consentiría que fueran otra cosa. Que se olvidaran de eso.

La boda, por deseo de la nueva madre, fue íntima, por lo que únicamente hubo cien invitados. Se celebró en la ciudad, en unos jardines de setos geométricos, cipreses como sacacorchos y senderos de grava. En medio de una rotonda se alzaba una carpa adornada con guirnaldas de flores frescas, iluminada con un sinfín de velas artificiales y equipada convenientemente para un banquete delicioso y selecto.

Cindy y las nuevas hermanas, Suzie y Duzie, estrenaban unos vestidos de organdí muy estilosos. Los de las mellizas, que eran rubias, rosa pastel, como los pantis de blonda y los zapatos de cabritilla. Llevaban en el talle un lazo de moaré frambuesa; el tocado, los guantes y el bolsito de mano eran de ese mismo color. Cindy, que era morena, iba de celeste pastel con los pantis y los zapatos a juego, y blanco nata los demás accesorios. Exceptuando los colores, no había ninguna diferencia entre ellas; no obstante, mientras que las mellizas estaban preciosas y se mostraban muy dispuestas a lucirse, Cindy no se

gustó en absoluto. Cuando se miró en el espejo, vio un espantapájaros disfrazado de muñeca de tómbola, con un merengue estrellado en la cabeza. No le costó convencerse de que la nueva madre eligió ese modelo a sabiendas de lo ridícula que iría. Estuvo tentada de mojarse, de mancharse o de romperse el vestido para no tener más remedio que quitárselo y hasta, con un poco de suerte, no tener que asistir a esa enojosa ceremonia. No se atrevió, sin embargo, y se unió al cortejo nupcial como una sonámbula.

En la foto de familia, todas las bocas sonreían, menos la de ella, que era una línea dura y apretada. Sus ojos encaraban la cámara diciéndole: «Dispara de una vez», como una heroína frente al pelotón de fusilamiento. Y, al igual que las heroínas, resistía al nudo asfixiante de la desesperación y al océano de lágrimas, comprimido al borde de los párpados, orgullosamente. Las manos le sudaban tanto que después no se podía quitar los guantes. Fue un día repugnante para Cindy: ni siquiera probó la tarta, a pesar de lo golosa que era.

La nueva madre tenía una galería de arte y las hermanas, Suzie y Duzie, eran azafatas de congresos. Las tres llamaban la atención. Cuando cruzaban la calle principal del pueblo, la gente se asomaba a los balcones o salía de las tiendas para verlas pasar porque parecían salidas de las revistas de moda: la nueva madre era muy elegante, y las mellizas, monísimas, parecían unas figuritas de porcelana.

Aunque el entorno en el que las tres mujeres habían vivido hasta entonces había sido diametralmente opuesto al de un pueblo tan pequeño, decían estar encantadas con el cambio. Comentaban que el lugar era muy pintoresco, la vida rural muy poética y los habitantes muy bucólicos; parecían muy dispuestas a adaptarse.